

ILEANA GARMA

TERNURA

PREMIO CAZA DE LETRAS 2012
POESÍA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

José Narro Robles

Rector

María Teresa Uriarte Castañeda

Coordinadora de Difusión Cultural

Rosa Beltrán

Directora de Literatura

Edición

Carmina Estrada

Asistencia editorial

Itzel Rivas Victoria

Diseño y formación

María Luisa Martínez Passarge

1ª edición: 2013

Fecha de edición: agosto de 2013

D.R. © 2013, Ileana Garma

D.R. © 2013, Universidad Nacional Autónoma de México

Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán

C.P. 04510, México, Distrito Federal

Coordinación de Difusión Cultural

Dirección de Literatura

ISBN: 978-607-02-4559-6

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio
sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales

Impresión en offset

Impreso y hecho en México

TERNURA

ILEANA GARMA



Textos de Difusión Cultural

Coordinación de Difusión Cultural
Dirección de Literatura

México, 2013

Historial del polvo

Soy siempre la misma niña a la sombra de los durazneros de mi Padre. Los duraznos ya están oscuros, ocre y rosados, ya muestran los finos dientecllos, la larga lengua de oro, las manzanas y las peras aún son verdes; en su follaje me refugio. Pero, espío hacia la casa, escucho las conversaciones, las fogatas; veo llegar de visita, los parientes, los vecinos; pasa de largo el humo arriba de los pinos; resuena la campana del té.

Y yo estoy allí oculta en medio de la fronda. Los duraznos son como siniestros pimpollos de rosa.

Historial de las violetas
Marosa di Giorgio

PAPÁ

Te invito a un cosquilleo idiota. Solamente a un pajarito de ciudad. Tumbada sobre los almuerzos, sobre el ruido de la radio que está sobre esta pequeña sala, miro aquella noche donde despiertos hasta las hojas del naranjo me regalaste un jardín, el jardín de la oscuridad. Pensar que una noche fuiste chiquito y tu madre cantó una canción de cuna. Pensar que una noche fuiste para mí un límite, una palabra que ya no entiendo, una historia de fantasmas y nada más. Te invito a una aurora en la cuerda, a un septiembre en el polvo, desgarrado y perfecto como el respeto a los mayores. Pensar que una noche fuiste, balbuceante, piececito, agujero en las fiestas familiares, bajo las luces que olían a pino, a muñecas nuevas, indolentes.

A finales de agosto me alcanza no sé qué sereno patio de ambigüedades, donde están enfiladas las hormigas del trabajo de siempre. La juventud, hecha ya de lagos diminutos. Me da miedo tener algo de ti. El capricho de ser parvada de cárceles, de nombres, de costumbres. Qué cerca pasan los aviones, y qué obsesión la mía de hacerlo todo mal, de equivocarme, en esta comarca donde los lobos marinos siempre sonrían y te conceden el perdón a la impuntualidad. Me da miedo no tener nada de ti. Qué cerca también los barcos, el puente levadizo, septiembre y el amanecer. Y yo enredándome los tobillos, rompiendo ceniceros, clavando uno a uno, mal, cada día.

PAPÁ

Piénsalo dos hojas de agosto. Piénsalo silbido de árboles, huecos. Piénsalo semilla, cascarita de bruma. Señorita que duerme en la punta de la noche. Piénsalo casa. Almohadones diluvio. Piénsalo marrón espasmódicamente. Piénsalo entrecortado de día y de noche. Piénsalo dos junios, dos septiembres. Piénsalo dos marejadas de sol, empobrecidas, y una ramita de perro. Piénsalo, pero haz memoria, y tiembla los flamboyanes en punto, el malecón sin sombra, nostálgicamente, los domingos leídos sobre una bicicleta, sobre el viento, sobre una cena abisal. Piénsalo insistido, como a tu rincón en la vereda, en la garúa, en el batel. Piénsalo.

Prefiero ir hacia atrás, hacia la primera incoherencia, hacia la ceguera que me permitía deambular descalza, hacia las mariposas tercas y la soberbia, sí, todo eso era más puro. Prefiero ir hacia donde la historia que me contaron de tu ausencia, era una laguna. Dentro de la telaraña, flotando también en la aridez de la rutina, en la penumbra de la luz y de Dios, en el vacío. Retroceder sobre una pena, ese mecanismo absurdo y aparatoso de las lágrimas y no el obligado amarillo de la perfección. Hacia atrás como los colibríes, porque lo nuevo es ayer, mi falta de comprensión y mi distancia, mi disfraz de rompeolas, mi disfraz de lluvia. Prefiero ir a esa laguna, desembocar con el rostro empapado para mirar tranquila los taxis que no pararán, mientras la noche golpea, hacia los recuerdos, los museos, los libros, las voces diminutas. Entonces. Sólo entonces.

Todas las incursiones a tu sombra, ninguna otra finalidad tuvieron, que ondulaciones, un saltito líquido parecido a las nubes, y destinado a la pereza. Vieja canción mía, adorméceme tres años, sospecho el polvo circular en los corredores de la tarde, y la máscara del sol hablando con las paredes hirvientes. Las cortinas ignorantes de este vicio, me protegerán hasta tu llegada, pues siempre preferí dormir temprano a imaginar que esperaría. Descubro a tiempo ideogramas blancos donde guardé tu sonrisa, porque mi corazón creyente sólo sueña, con esas ballenas, que se van y vuelven, que tienen el regreso en la sangre. Y saltar una y otra vez hacia tu sombra ya no es, ni piedra el vacío ni lluvia la nostalgia. Vieja canción mía, adorméceme mil años, sospecho el polvo circular en los corredores de la noche y descubro a tiempo nubes veloces, blancas, que tienen en la sangre el oficio de partir.

Por ti siempre veré a los hombres, llovizna campo abierto, piano en la sala desierta, isla fuera del mapa, islas, no sé, si al final sólo se trata de mí, de la marquesina que me protegió la infancia junto a otras mujeres, mientras los hombres corrían bajo la tormenta, y hoy, no puedo sino cederles mi lugar. Me decepcionan los cuadros cubiertos por la media noche, las mandarinas que nadie recoge del jardín y que poco a poco empequeñecen en el largo prólogo a tu llegada. Pero, por ti siempre arrastraré los pies de un silencio a otro, con la mirada un poco perdida, un poco atenta a los nidos violentos y a los pájaros de las cornisas llenas de humo. Tú que sabes dime, a dónde va el cielo de esta ciudad y a dónde la noche de esta lluvia. Dime, si los hombres pueden seguir solos, agujitas en el heno, campesinos en el tráfago, hombres entre hombres, dime.

Persuádeme del tiempo y de la naturaleza de las cosas. En una fábrica se hicieron las nubes. De un embudo metálico brotan día a día en forma de elefantes de azúcar, hasta que hace calor, y se van derritiendo poco a poco. ¿Es indispensable la vergüenza? No, es indispensable el sol que crece en los árboles, que surge de las ramitas secas y las hojas del otoño, rojas y frágiles. Por, ciertas razones que los pájaros robaron, la gente es así y mira de arriba hacia abajo. Después del colegio el mundo era un largo pasillo de luz, ahí donde las palomas se juntan quise cantarte una canción y que todos me vieran, pero yo, que soy de intuiciones como las ranas, le daba la espalda a todo eso, buscaba una manchita más negra, un tapiz pardo, un pasillo circular de lámparas dormidas. Siempre me pregunto si tengo de ti este inventario cotidiano. Aunque me hubiera imaginado veinticuatro horas de cariño, donde pudieras ver cómo crecen las flores y mis ojos buscan el sol, he leído tarde esta ansiedad, este buscar en el fraseo de las palmeras y en el lenguaje blanco de la espuma, porque no sé, si sesenta segundos tan sólo estuviste a mi lado. A veces, tenías el rostro de un niño que camina sobre los cables de luz para después volar. Ahí donde las palomas se juntan quise cantarte, pero me he quedado dibujando casas de color arena, y sábanas de manta y una que otra mentira sobre tus viajes, esas verdades que me creía sólo por jugar a la niña solitaria, veinticuatro puntos cardinales en el miedo, circular y espejo, junto a las palomas.

He criado una ansiedad amistosa, en las fiestas familiares, en los carruseles rojos de mi infancia donde corría a refugiarme de lo que no existía. Ahora tengo domada esta pena. Muy largo es el viaje donde un millón de estrellas en el desaire se encampanan. ¿Creíste que al final yo tendría esta sonrisa? Yo no espero que la veas cuando bajas de tus sueños, tan cansado estás, y reservado, a un transbordo infinito, a un dejémoslo ya. Pero no hay que olvidar aquella industria de tener los pies muy cerca de la tierra, porque nos gustaba la lluvia y la ciencia de la sensibilidad donde coleccionábamos alas de mariposa. Niñas, con un lenguaje de espuma corrían los domingos bajo mi ventana, y a lo lejos, el mar, que no era mar dijiste un día, sino sólo una bodega gigante pintada de azul. En otros ocasin el azul me llevaba a recordarte, como nunca te vi, de traje, con un sombrero gitano a la sombra de un caballo blanco llamado Pregunta. Es muy importante para una niña una sombra protectora, un mar que contenga postales amarillas, un puro mar cayéndose en arañas de arena, pero, ahora, he pasado a vivir un poco, sin regresar a la palabra aprobación y creciendo, en ese talento provinciano de repetirme, una y otra, mil veces, una y otra, mil veces.

Si hubieras sido jardinero, un jardinero negro con un overol azul, desde hace cuánto que no le tendría miedo a las lombrices de tierra, a esos gusanitos tibios que duermen en las raíces de la verdolaga. Me veo descalza, con las rodillas sucias. Adiós, eso no es posible, siempre caminé sobre la arena. No sé cuántos rosales se han perdido en mis ojos. Y en mis manos el sabor húmedo de algo que no. Si fueras, no sé, algo posible como un vendedor de jitomates, yo podría conocer el valor de las comidas dulces, los desayunos hechos con la mano y quizá entonces no sería tan melindrosa. Me imagino blanca y un poco obesa, con las mejillas sonrosadas, pero siempre fui más bien como esos arbustos de las dunas costeras. Lo cierto es que silba el otoño, y yo he aprendido sola, equivocadamente, amables quehaceres que me duermen bajo el sol, un poco soberbia y suelta, sí, un poco fría y encendida.

Padre, tan vulnerable es el viento, cada pedacito de tierra entre tú y yo, entre los hermanos que comparten el silencio y el complicado andamiaje de la ternura. Sobre mi origen padre, dime pez, dime tejón, dime que he traicionado las raíces de la tribu, la timidez parlanchina de nuestra sangre. Dime que no he trabajado bien y que no he sabido ser madera ni carboncillo. Pez, padre, de un libro de colores, conejo de una montaña y tejón de la sierra. Padre, tan perdurable es el polvo sobre los recuerdos. Yo comienzo siempre pedacito de tierra y hermanos. Yo camino conejo, tejón y pez. Esto ha sucedido sin que sonrías tú o los árboles, esto ha sucedido como las huellas, como las aves, como los barcos. Al menos hay un horizonte, bajito y lleno de hojas donde es fácil ser nervioso y perder, donde es fácil ser pez y perder, donde es fácil ser polvo sí, y tejón y conejito.

Dinastía de soles

Debajo de mi vestido ardía un campo con flores alegres como los niños de la medianoche.

El soplo de la luz en mis huesos cuando escribo la palabra tierra. Palabra o presencia seguida por animales perfumados; triste como sí misma, hermosa como el suicidio; y que me sobrevuela como una dinastía de soles.

Las uniones posibles
Alejandra Pizarnik

Espiraes son las galaxias, distantes y viejas donde un día, pusimos una piedrita que regamos en la cocina. Yo llevaba el delantal verde y tú colocabas los platos en la mesa. Una escalera comenzó a crecer, ahora nuestra tristeza es joven. Ahora tienes miles de estrellas alrededor, y yo otras tantas pero, en aquella piedra encendí una luz, para no acariciar a ciegas al niño que jugaba con esta niña, sin miedo, con los dientes. Espiraes son las galaxias que delineaste en mi vientre, en mi sangre, espiraes que brillan sin importar lo viejas que son, y ya lo saben todo sobre cenas románticas, nadie va a mentirles. Una curva en el tiempo me he puesto sobre los hombros para bajar por aquella escalera que hoy me cedés cariño, y ya sabemos de los labios que van hacia abajo siempre, nadie va a engañarnos aunque con el trabajo de todos los días parece, que uno sólo va, que uno sólo va al mismo lugar que, uno sólo va al mismo lugar, de siempre.

El fruto de las explosiones es luminoso. Las agonías estelares me escriben cartas donde vive el niño que no quiere bajarse de la mesa de este planeta tan chiquito. Chiquito. Estoy caminando por calles del centro. La gente está tan enojada. Con la humedad del aire y el tráfico, vendedores ambulantes y fantasmas, todo a plena luz de día, es de día. Luminosos pulsos en el cielo arrastran piedritas que ya no son nada. En verdad te digo corazón. No hay nada sino piedritas. Yo creo en las explosiones. En ti y en mí. En todas partes seremos ese deseo, ese planeta que gira, una vez más, alrededor de estrellas que han terminado como pulsares, probablemente incineradas por el suave desastre.

Todo lo que ha dicho la ciencia acerca de las supernovas ha sido un error. ¿Tú sabías en qué momento termina este día?, ¿en qué momento las manos concluyen su recorrido? No lo harán nunca. Ni terminan las semanas, los meses, todo es un paso más, un paso único. El viento que alimentamos a cucharaditas de miel, y mañana no será sino el temblor que hoy aprendes, que nunca olvidas nubecita. Nubecita. No importa cuántas veces vuelvas a decirme que no, a decirme con la cabeza ladeada lagrimita oscura. Hoy no es sino el cariño de ayer. Ellos nunca supieron nada de las supernovas y de su velocidad celeste, no se trataba sino de una creencia. Cree en estas manos, cree en su sabor de terrones de luz que nunca termina. ¿Acaso tú sabes dónde queda todo este tiempo y sus cepillos y su bote de basura? Mañana no será sino estos ojos dentro de los cuales caminas, ensayas y caminas, más lento y más abajo, más abajo siempre.

¿Cómo se formaron los anillos de Saturno, pequeño mío, lo que existe en las ventanas colgando de los techos, y la fuerza, esta fuerza que nos acerca y nos aleja? Girando. ¿Alrededor de qué, pequeñito? Volantes y cartones y envolturas de aluminio vuelan en el aire pero, otras tardes, parece tan limpio el universo, libre incluso de amor y de añoranza. Chiquito. Libre de ti frente al verde y la impávida iguana que se estará ahí todo el tiempo, porque sabe que es este segundo bajo el sol lo que importa. Girando. ¿Para quién?, ¿hacia dónde? Amigo, he puesto en una canasta mi rostro que ya no es sino ciénaga dulce, ciénaga, y mi voz. Una voz de algodón que solía flotar, dormitar cerca de ti, alrededor de ti. Sacaré todo a la calle. Tú sabes que así como las camas viejas, como esas prendas que ya no van, siempre habrá alguien que lo necesite, yo sé. Quizá alguien afuera, en los anillos de Saturno, girando, sólo espera.

TITÁN

Hay un lago en Titán tan largo como el mar Caspio, es un espejo suspendido en el cielo, yo, cierro los ojos. Hay un lago en mis sueños tan largo como tus preguntas, es un espejo suspendido frente ti, yo, cierro los ojos. Hemos planeado ir a la playa para la liberación de tortugas y, estarás por mí antes que amanezca, como el rocío, y me verás de botas, eso te gusta, te gusta mucho. El próximo año ¿dónde estaremos? Es tan frágil esta laguna, este ir y venir del amor con sus dos puertas pintadas en la luna de Titán. Entre mis manos una tortuguita y entre tus manos una tortuguita que cada año regresará como las olas, pero tú, pero yo, ¿dónde estaremos? La laguna en el Polo Norte tendrá también olas, las horas quebradizas porque ésta es la materia permanente.

MARTE

26

TERNURA

Domesticar frases con hilo de algodón para una noche contigo, platicar sobre flores y ese perfume preparado para que duermas. Amarrarse estas venitas que no son nada. Amarrárselas con hilo de hierro para amanecer contigo sobre sábanas como barcos. Toda la noche te hablaré de irnos de aquí. He pensado en una casa sobre los acantilados. Los acantilados escarlata que duermen en Marte. Una habitación a un paso del abismo será más fácil que este jardín donde no puedes más que flotar como diente de león. Una habitación a un paso del agua helada será más dócil que esta mujercita. Hombrecito mis venas ya no pueden más. Hombrecito no puedes verlas porque están sujetas, domesticadas con clavos, con alambre de púas y mis labios, ya sólo pronuncian otro viento. Si entre los volcanes de Marte hay una casita donde nadie puede vernos, ensayaré una cáscara de durazno, una telaraña en mis brazos y ya no despertarás. Y ya no despertarás. Y ya no despertarás.

Es posible que dos cuerpos orbiten en el mismo plano. Siendo tarde, sólo espero una llamada, un a pesar de, este faro viejo, esta luz que hemos derramado todo el día creyéndonos tan fuertes. No es así pero al final no, no chocaremos. Es posible que dos cuerpos no se encuentren nunca aunque orbiten en el mismo plano, alrededor de una estrella que envejece. Sólo esa estrella sabe cómo regresa el apetito de un pastizal turquesa interminable, una larga fiebre que no permite abrir la noche. Ya no hay ni una mirada hacia las horas felices que derramamos, para luego pelear por cualquier cosa. Vi a tu madre manejar su viejo automóvil, la llamé pero ya no me recordaba. Es posible una versión más grande de la tierra, girando una y otra vez en el tiempo. Vi a tu hermano esta noche cruzar la calle, quise alcanzarlo pero ya no se acordaba de mí porque, es posible que dos cuerpos no se encuentren nunca, siendo tan corta su distancia, siendo tan cercano su silencio.

Ven, esto no lo has visto, cadenita de brisa, casas donde guardé tu nombre, una tras otra y ahora aquí las recuerdo bien. Sé lo rápido que el universo se expande con una energía oscura. Las galaxias se alejan unas de otras y nada queda sino una fuerza. Hay sitios que nacen y se llenan de clavos, el polvo cubre esos clavos. El centro de la tierra nos sostiene. Mírame aquí, cariño. Nos sostiene la certeza negra de que aquello no, no pudo ser sino ahora. Ahora estos muebles no saben nada de mí, nada de ti. Todos los caminos dieron a tu voz, a la velocidad amarga de tu voz, haciéndome dejar una casa tras otra, cadenita de nubes, donde nadie podía volar y aquí tampoco estás pero, no sé si estas galaxias que se alejan cada vez más rápido nos permitan, tú sabes, repetimos, repetimos amigo, repetimos.

PLUTÓN

Ninguna decisión tomada fue con los ojos cerrados. Aunque tanto polvo vino a darnos en la cara. Ninguna palabra dicha cierra los ojos. Dicha. Y mis brazos necesitan saber a dónde ir para no perderse en la oscuridad. La luna más pequeña de Plutón tiene un vientre. La luna más pequeña de Plutón es atraída cada segundo en la oscuridad. Ella necesita que tiren un poco. Sin ello se perdería en el universo. En el universo. Ella necesita que tiren un poco o se perdería. La luna más pequeña y yo sabemos que debe haber en alguna calle, en alguna humedad, en alguna palabra abierta, una cadenita para tirar hacia nosotras. Hacia mí. Tanto apetito me falta, me hace falta.

Eres joven. Apenas has comenzado a entender la lluvia, debajo de mí, la lluvia cálida que lo atraviesa todo. Apenas has comenzado, pues nunca habías visto este calor, amarillo, posarse sobre tu vientre. Cuando seas mayor aún platicaremos de los relámpagos, los relámpagos azules que caen en Saturno, de las tormentas. Mientras tanto escribe en mis ojos una tonada, un signo de pregunta, una calle, un sí. Hace miles de años un remolino de nubes invadió a Saturno, pero Saturno es joven, a pesar de los mil millones de vatios de energía de sus relámpagos. Espero, que leas esto con miedo, porque el miedo ayuda a crecer, pero no crezcas. Espero que leas esto junto a mí, enredado en mis lluvias, tanta realidad es innecesaria en estos momentos. Me las arreglé para ser libre y tú, tranquilo, pues en un abrir y cerrar, ni tú ni yo ni Saturno quedaremos. Sólo la lluvia que dormirá a otras flores, a otros vertebrados palpitantes, a otras hambrientas posibilidades. No crezcas.

No lamento ser el autor de esta franja oscura, mira si al final no está también tu nombre, tus huellas una tras otra bien marcadas, y la risa ofreciéndose gota a gota, punto por punto. Creíamos en los cuásares, en el color rojo, sí. Ahora, pon todos los candados y no contestes, no permitas que me acerque, esconde cada puerta, apaga tus ojos y tus manos. Tu madre ha dicho que lo aceptes, desde lejos sólo seré un simple punto de luz, un agujero blanco por donde se irá la espera, las astillas de la espera, lo poco que tuvimos acurrucados, cantando como un par de palomas adormiladas. Admitámoslo bien y giremos a otro centro. Tu padre ha dicho que lo aceptes. No lamentos ya ser el autor de esta galaxia, aunque la dejemos así, a medias, porque permanecerán girando las palabras, las buenas y las otras, el camino también, ese que tú y yo formamos en las noches, crecerá a su manera, cuásar frágil, y ninguno podrá detenerlo, es libre.

Este idioma de espejitos, de reflejos del sol contra el agua, quiero que aprendas. Quiero que aprendas mis huellas en la arena; a veces siendo más joven frente a tus ojos, no pudiste creer que las dejara. Pero ahí están. Y tu voz no es tan amarga como quisiste. Ya casi tienes cuarenta y no es sino algo que dejaste que volara. Fue hermoso. Ahora no finjas más, mi cuerpo a veces abre puertas, hojas verdes, caminos de tierra. Bajo la luz todo es posible. Bajo la luz se han abierto miles de cabezas. Mi vientre cae en contradicciones, madura soberbio como un árbol de almendras, ¿Crees que el sol es tuyo, y los días, crees que la noche viene por ti, que así es como debe ser? El sol es sólo una estrella, una estrella que envejece. No, ella está creciendo y su centro amor mío, terminará en un desierto. Este idioma de desiertos es el mío, donde se camina de puntillas, donde se desnudan las muelas, porque ni el sol, ni tú ni nada me pertenece. El calor ha llenado de perlas este vientre, ya casi tienes cuarenta, anda, recógelas todas, quizá ellas alivien tu sed.

Mira hacia el cielo querido mío, mira el juego de la luz; tan salvajes son las estrellas en medio de esa selva, en medio del fuego y los puntos oscuros, pero mira hacia ahí, justo donde las culturas antiguas juntaron las manos. Ahí se encuentra Capricornio, es una estrella blanca, es una cabra con la cola de un pez, es una cabra; y tú piensas que esto es complicado querido mío, ¿cómo? Si soy sólo una chica de ojos sombríos. Años enteros te has preguntado el color de mi sangre, años; ciegos son los días, inapresables. Mira hacia el cielo, justo ahí, donde danzan los sátiros y las flechas. Salvaje es el alba y la noche y esto no es más que un sueño, a qué le temes tanto, no quedaremos presos en la noche pues el naufragio es para todos, sí, el naufragio es para todos, y es preciso tener los ojos abiertos hacia una selva. Yo te elegí a ti, ¿a qué le temes tanto?

Jamás trajiste un sobresalto, una palabra urdida a un puente, un latido afligido, un retroceso. Fui yo, la que sólo ha sabido divagar entre piedras, al borde de no sé qué asteroide tímido, y tus buenas intenciones, y tu sangre sin trampas y tu jardín sin espinas no, no deben permanecer más aquí, yo no sé qué hacer con todo esto. Vamos, este blanco trémulo no es para ti, te dolerá el golpe de estas piedras que pasan. No son más grandes que la luna, y en el mundo hay cosas verdaderas, la gente le teme a su fuerza, no te entretengas más con esto. Jamás trajiste un desvío, una columna en dos columnas, una conmovida habitación de fuego. Fui yo, la que dejaba pasar la luz de la oscuridad, la que dormía sin miedo tardes enteras, fui yo, tú no debes aceptarlo más, tú no debes aceptarlo más. Estas rocas no se detienen en mi sangre. Fui yo, la que dejó pasar la luz de la luna, la luz de los campos de limones, la luz de tus dibujos en mi vientre, no debes aceptarlo más, no debes aceptarlo más.

También el universo se desgarrará; elemental, después de todo, es este círculo. Madriguera mía, ensimismada, acércate. Días antes, la luna dejará de girar, minutos antes el sol explotará y ¿quién estará ahí para abrazarme? Yo estaré flotando, lo sé, dentro de la energía oscura como una fruta en invierno, y mi calor será más fuerte en el centro y navegaré. Tú también y las hormigas, sus almas pequeñitas y todas estas cosas que no parecen ser nada, pero que se mueven, quizá más que tú y yo. Aunque no lo creas, en la vara de la escoba hay una lucha constante, choques y accidentes como aquí, madriguera. Abre los ojos a este movimiento. Regálame antes, aquel gatito que vivía en mis sueños. No olvides que era gris y que me esperaba en la bolsa del abrigo. No olvides que en la madrugada se enredaba en mis sábanas y que juntos abríamos los ojos. No olvides las mordidas y los rasguños. La Vía Láctea se despedazará 32.9 millones de años antes de que suceda el Big Rip, tú regálame el gatito y anda, ve a conocer las calles. Observa los patios, las palomas con que los niños juegan los domingos, apréndete de memoria el camino al domingo y los grafitis solitarios. Quizá apenas sentiremos el final, será un escalofrío, una risotada en el cielo, una oscuridad cálida, urbana.

Me levanto en las noches para escuchar el canto de las cigarras, el silencio de la ropa blanca al fondo del patio y el murmullo de las estrellas errantes, blanco y negro. Viajero amado, cuando era niña el parpadeo de la noche me agitaba el corazón. Tan grande era todo, pero ahora estás en el golfo, ningún revés, me dices; el mar no es tan claro como en el Caribe, y sólo hay espuma y oscuridad, blanco y negro. Estás tan cerca, viajero, porque el mundo ya no me asusta, ni sus mares, ni sus polos, ni las telarañas que cuelgan brillantes en esta casa, mis pequeñas joyas. Cuando los cometas pasan una y otra vez cerca del sol, terminan por convertirse en una nube de meteoros. No te quedes encerrado, anda, ve a cubierta. Cuando los cometas pasan una y otra vez cerca de ti, terminan por convertirse en estrellas errantes. Por el mar en el que vives he salido a ver cada noche la noche, hay un cometa cerca de la tierra, que te busca.

Demócrito hace miles de años dijo, esa mancha blanca son estrellas, pero nadie quiso creerle. Yo parecía muy cuerda y todos venían a contarme sus problemas. Llamadas y llamadas, nunca estaba sola. Usaba el reloj en la mano izquierda y la vereda del cabello en medio. Todos venían a buscarme y tenía labios para todos. Miles de años luz en este camino de leche; entraba en esa cuerda para no ser yo toda la tarde. Para ser la chica de la blusa intacta. Sólo tú sabías de mí, de mi cabeza chillando y el lado de mi rostro donde las puertas se azotan, del ojo donde ando descalza y de la ventana que espera, insistente. Pero nadie cree de ti nada, corazón, te han visto tanto tiempo solo. Caminito de leche, ya no te preocupes más, hacia la constelación de Sagitario habré de ir con el cabello suelto dejando cicatrices en el aire. Y tú, que sabes tanto, podrás tocarlas.

Yo persigo una pregunta, un lenguaje inmune a tus manos, privado y silencioso donde todo se trate de un disco blanco. Cuando la gente me pregunta dónde has estado todo este tiempo, pienso en las estrellas; esas estrellas gigantes que tienen una vida corta, violenta y corta, alrededor de nebulosas y no sé qué tantos misterios. Quizá el Big Bang sea sólo un cuento para arrullar a los hombres. Hay miles de estrellas más brillantes que el sol, pero yo giro alrededor de él y mi mundo está compuesto por autopistas y bellezas bovinas. Masticar y respirar, todo me parece tan gastado. Llevar los pantalones a la lavandería y tender la cama. Porque yo giro alrededor del sol y no queda sino evaporarse, cerrar los ojos y flotar, Big Bang, Big Bang mío. Cuando la gente me pregunta dónde has estado todo este tiempo, cierro los ojos, perdidos están los balcones en mi sangre y las estrellas, Big Bang, Big Bang, amado mío.

Hace unas semanas me nació un desprecio, un temblor de amanecer, de lluvia de verano, rosa pálida. El oficio de luna me tiene aquí, dando vueltas alrededor de. Para ejercer el hubiera mil veces, sin embargo, la fuerza no es la misma puedes verlo. Hacia 1985 abrí los ojos. Montaña es siempre tu sonrisa y adoro verte en la cima llamándome con el megáfono aquel, pero ya eres viejo y te cuesta mucho llegar hasta ahí. Cuando lo logras, apenas puedes levantar los brazos. Nadie dijo que porque orbitáramos, tú alrededor de mí, yo alrededor de ti, significaba puente. Juega con esos cochecitos de colores y no será sino tu propia fuerza la que provoque el choque. Muñequito azul. Fuego es siempre esta lección donde no podemos acercarnos más, ya no hay más. Sube cada noche a tu sonrisa, amargo mío, yo estaré luna, para ti.

Hemos hablado la noche y hemos visto cómo extiende su mano para acariciar a lo que del viento queda. Los insectos, pegados a la ventana, también la sienten. La noche dice pequeños pasos señor Reloj, pasitos. La noche dice estepa y calma corazón. El mosquito siente su respirar a medias, ese deseo de terminar. El mosquito que revolotea en mi espalda y el iguanito que camina sobre la pared, qué chiquitos. Y la niña en la habitación como otras niñas. Y la mujer que escribe como otras mujeres. Esta noche no debemos quedarnos aquí. Ven. Demos un paso al vacío. Esto es menos que la palidez de la tierra. En el universo transitará Venus, luminosa, utilizando a la luna como espejo. Incluso la excusa y el camino interminable avanzan sobre un punto rojo, un siempre fugaz, como el mosquito en la espalda, como el iguanito, como las niñas que duermen sin saber nada. Y Venus inclina la cabeza, alpinista nocturna, sin saber, de la palidez de la tierra, de las excusas y del verano donde la noche acaricia decidida a lo que del viento queda. Dame tu mano corazón, sólo es un punto rojo; el mosquito que un iguano recién nacido cenará esta noche.

Sueños

*La abuela enciende las velas sabáticas desde su muerte y me mira
Se extiende el sábado hasta nunca, hasta después, hasta antes
Mi abuela que murió de sueños mece interminablemente el sueño que la inventa
que yo invento. Una niña loca me mira desde adentro.*

Estoy intacta

I Shajarit
Gloria Gervitz

Incluso. Aquella que ha decidido dormir a tiempo con la camisola de mangas, con el bordado suave del aire nocturno, tendrá su pesadilla. Pura. Envuelta como un dulce en un papelillo brillante y rojo. Son puras. Esas mujeres que no pueden ver a un hombre amando a su manera, con las ventanas abiertas a pesar de la llovizna. Él ve bicicletas nocturnas. El amor no se detiene porque la luna salga. Y. El hombre tendrá su pesadilla. Estará. Estará sentado en una silla de jardín blanca, manchada con el óxido del tedio y alrededor las abejas pensarán. El hombre sabe que las abejas piensan en el néctar de las flores, en el néctar de las muchachas rojas y blancas al final del jardín. El hombre no podrá levantarse de la silla y la tarde se humedecerá. Tibiamente. Que no. Que no pregonen esas mujeres su delantal tan bien. Tan bien amaestrado. Donde los perros no ladran, donde los perros dan vueltas alrededor de la mesa esperando una mano, una caricia, eso desean las mujeres. Mientras un hombre no puede levantarse. La pileta de agua fresca rebosa y ahogará las flores. El hombre abre las ventanas en la noche aunque llueva y las mujeres corren a esconderse en el encaje. En la pureza. Para dormir la pesadilla a tiempo. Tempranito. Bien cenadas.

Siempre he tenido sueños apocalípticos. Cuando la temperatura desciende y el cielo es sólo una lágrima de plata. No es noviembre y aun así estos sueños me persiguen. Me he resguardado en una casa pequeña. Lejos. Muy lejos de los lugares donde los carros avanzan sin detenerse. Lejos. De las luces de neón de los golpes oscuros de lo imprevisto. Sólo una barda de tierra, solo tierra a mis pies. Pero no dejo de tener sueños donde tomamos café en tazas idénticas. Las tazas de siempre. Donde las flores crecen muy altas y una delgada llovizna nos despierta. Revisas aquel libro rojo en el reposet. Nada me levantará de aquí me dices. Pero tocan la puerta de nuestra casita perdida en la tierra y llueve y vuelven a tocar la puerta y no es noviembre. Lo sabemos. Tan lejos. ¿Qué estará pasando?

Lejos. Por razones que, como la luna, giran alrededor de algo que gira, con leyes establecidas. Firmamos un papel y volvimos a casa vestidos para una fiesta. Las estrellas se hicieron cargo de todo. Tú y yo subimos al techo a mirar el espectáculo. Ellos eran felices mirándonos acostados, tomados de la mano. Yo miraba al poniente y tú. Ahora nos da pena que la luna siga su curso, que las estrellas parpadeen boquiabiertas porque tú miras al oriente, yo. No tengo manera de explicarles que lo escrito, escrito queda pero. Ya no somos sino la lejanía, la tormenta que de la nada sacude ventanas nocturnas y techos improvisados. Es por el aire frío. Es por el aire caliente. Con leyes aprendidas de memoria te ajusté la camisa de gala y me miré al espejo. Ya no somos sino la estrella fugaz, que un instante, tiembla en todo cuerpo.

Hilos, de cielo de ciertas nubes densas donde la lluvia se hace lluvia, delgados hilos donde a veces sale sobrando esta, esta sonrisa. Es el Caribe, el aire que lleva de la mano a las palmeras despiertas y sacude los botes de basura y asusta a los taxistas nocturnos. Los asusta porque sí, porque en este lugar no te has desvestido para mirarme. Hilos, hilos donde no me preguntas cómo estuvo ese ruido allá afuera. Tiene, tiene un rumor quebradizo esta careta, esta chica de cabello suelto que lleva vestidos de colores de primavera. No. No quiero un ratoncillo que dé vueltas. No tengo un corazón de rueda para hamsters. Para mí ayer, sólo ayer. Sólo ayer. Pero. No. No sirve de nada subir un escalón y luego otro y otro si no me esperas en un punto verde, con el sol cansado y rojizo, si no me llevas por el pasto hasta la sombra de un árbol vaporoso y juegas con los listones de mi vestido de buganvilias. Aquí, lejos, en un hotel de quinta de ladrillos brillantes de televisión programada, desnudándome a medias frente a chicas que nada saben de mí, te pienso. Hilos, de donde penden los negros girasoles del quiero ser y siempre. Eso, pase lo que pase. Hilos.

Pasajero, aquel cuadro en un hotel frente al mar. Un cuadro con luminosas casitas. Un cuadro donde una calle se convertía en fantasma en espuma en un, pensamiento. Pasajero ese muchachillo delgado que recolectó flores de jardines ajenos, para entregarme un ramo de travesuras. Pasajero sí, ese caprichoso amor de escándalo y de duelo, donde yo me quité las calcetas bajo la lluvia. Fuera de la ciudad, en la carretera todo era lluvia pasajera. Fugaz, sí, el odio que me guardas porque yo soy de humo. Porque esa jarra de porcelana con sus muñequitas pintadas a mano es efímera. La televisión se echará a perder y los ladrillos dejarán de brillar. Cierto. Pasajero el miedo también. Yo estoy en un hotel frente al mar, breve, líquido, pasajero.

Los hombres martillando la calle bajo un sol de púas es algo que me recuerda a tus manos. Aquí afuera están taladrando porque remodelarán toda la ciudad y. Tus dedos largos, oscuros, un líquido vicio que bebía cada noche, un martilleo de esclavo perdido. La tierra que el concreto ocultaba ha comenzado a brillar blanca porque, en primavera, todo es blanco. Sólo esos hombres, como delgadas teclas de un piano de juguete, están tocando una melodía triste y tus manos bailan al compás. Que terminen pronto, pido con los ojos cerrados frente al televisor, a todo volumen. PARA NO PENSAR. En las galeras. En el látigo azul de tus dedos. En el vals de esta primavera bicolor, donde tus dedos forman parte del paisaje.

PASTEL

El sol pega de frente y estamos en el brincolín. Papá de cuclillas, oscuro, sin voz. Mamá como una sombra de gasa, como una penumbra fugaz. Saltamos. La hierba es más seca que nunca y soplamos para que gire el rehilete de papel de colores. Suspiramos. Mis pies tiemblan sobre algún punto rojo del aire. Los ortopédicos zapatos murmuran una ronda vieja. Las metálicas mesas se abren ante sillas rojas, verdes y azules, sobre una blanca terraza. Las niñas llevan vestidos. Los niños suben por las escaleras y encontramos escondites en un jardín lluvioso. Estoy hecha un asco. Payasos entran de improviso y trato de correr hacia alguna parte, hacia un padre en cuclillas, hacia una madre penumbra. Una fiesta donde el sol pega de frente. No tiene fin. ¿Te das cuenta? No lo tiene.

SOL

50

TERNURA

Nos sentaremos sobre las maletas, sobre los ladrillos, sobre la baja temperatura, mientras en la casa de enfrente un policía toca la puerta. Así, y hay mujeres que han esperado todo el sol. Nos llevaremos los sobrecitos de comida instantánea mientras hombres uniformados entran por todas las puertas. Así. Llenaremos de nuevo esa migraña. Puedo. Puedo verme buscando el carro de mudanza a deshoras mientras en los departamentos de arriba el aire es débil. Te nombro acertijos para que duermas tibiamente. Y lo volveré a hacer todas las noches mientras lo pidas. Te escucho. Mi piel repite tus sonidos. Y los volverá a repetir. Todos los gritos todos los callados gritos. Nos sentaremos sobre las maletas. Así. Y hay hombres que han esperado todo el silencio.

DUNAS

Tenías razón. Yo no me enamoro de los cuerpos sino de las mentes. Cuerpos amigo mío. Frente al mar brillan como gotas como diamantes. Diamantes líquidos sobre la arena. Es de noche. Las dunas de Marte comienzan a moverse. Tu mano ya no estará más sobre este sol de agua, este cuerpo mío. Tenías razón, las mentes no pueden tocarse. No pueden. Los científicos acaban de descubrir que hay viento ahí afuera, en la oscuridad estelar. Y las dunas cambian todo el tiempo. Vamos amigo tú sabes de las dunas. Vamos amigo tu sabes de las sábanas de los cuerpos líquidos que no. De las estrellas que no. De la mano que has perdido para siempre por intentar poseerla. Cuerpos. Tibios. Como ayer como las nubes de este verano eterno donde cambian los rostros. Donde siempre estamos rompiendo inútiles fotografías tomadas mientras las dunas en Marte se mueven y. Quién sabe. Quizá la vida ahí sea más roja. Vamos amigo, tú sabes del viento.

Hablar, digo. Hablar despacio. Con un cigarrillo y las uñas bien pintadas de rojo. El humo. El humo bien alto. El humo entre nosotros. Hablar con el dedo índice levantado. Yo me inclinaré un poco. Esperando. El susurro el aullido de los automóviles que cantarán un segundo sobre nuestra respiración. Entrecortada. Hablar, hablar en los sillones rojos. Sobre la telaraña que cada día baja un poco más. Es larga. Y el cigarrillo muy corto. Yo con el cabello negro anudado a lo Anaïs Nin. Cosa que te molesta mucho. Hablar, esperando la nada, el gusanillo luminoso de la nada donde suelen estallar esas preguntas, yo. He estado muchas veces ahí. Hablar, porque pesa porque se requiere un gran esfuerzo, un sillón profundo, un sillón de abismo donde no se arrastren los pies ni la dulce evasión al amor. A esa sonrisa blanca parecida al amor. Y así. Despacio. Hablar.

VANIDAD

Todo esto porque creí que yo era el sol, y que si me apartaba de ti tendrías frío. Todo esto porque pensé que yo era el pozo, el río, el agua que da vida, y que si me alejaba de ti tendrías sed. Todo esto porque imaginaba que en mi vientre nacía el pan, la leche y la miel, y que si te apartaba de mí morirías de hambre. Todo esto porque noche a noche pensé que respirabas de mi cabello y mirabas por mis ojos, este solitario túnel donde anidan las arañas. Todo esto porque era fácil y, confundible, serlo todo.

No quiero molestar con esta torpeza. Sólo miro el televisor. Ellos corren tras la pelota con todas sus fuerzas. Y yo. ¿Lo he hecho alguna vez? Sabes que sí. Sólo por una cosa. Sólo por una persona. No quiero decirte. Algunas veces todo se encuentra a medias. Me levantaré para la ducha y no veré los resultados. Alguien perderá y alguien será muy feliz. Una vaguada se encuentra detenida sobre la ciudad. Por eso llevo las botas. Tú y yo pudimos cruzar la calle bajo la lluvia. Toda la lluvia. Pero si alguien pierde. No me interesa.

BOSQUE

La voluntad de una mujer camina a solas, se mece bajo los árboles, los insectos. Ese llanto. Tarde ya cuando las luces pierden fuerza y los taxistas comienzan a ganar más dinero. La voluntad de una mujer tarde ya, como en elevados puentes que se derrumban, se acercará al borde de la cuna, justo donde el bosque comienza a florecer. Vamos, mírala, parece tan absorta. Tú y yo estamos detrás. Tú y yo quizá en las columnas, pagándole a un taxista tramposo para regresar de la noche muy de prisa. La voluntad de esta mujer es estar despierta. Acariciará tu cabello, se desvestirá de a poco. Veintiséis años y los pezones oscuros. Me gusta ver cómo cierra los ojos cómo se mutila y se llena de azúcar los labios. Y. Los días oscuros para ti. Veintiséis veces para ti.

Qué ilógico sería si con este tiempo pensara en mis manos. Alguna vez quise tener la piel oscura y caminar pantera hacia nocturnas líneas. Alguna vez quise perderme, pero ahora sería absurdo con mis veintiséis años, con mi renta puntual mi cama bien hecha a las seis de la mañana, los cuadros derechos y el olor a cloro a rosas que un día fueron rosas, sin cigarros eso es para los jóvenes, pero con un poco de café porque las adicciones son adicciones. Sí, qué tonto. El cabello largo anochecido y las uñas blancas como puertas. Diez puertas para entrar si es muy tarde, si nadie se acuerda de ciertos puentes que dormitan y, de la pesadilla donde somos amarillos, perros amarillos o girasoles bajo una lluvia incesante. Puertas por si el reloj checador se ha adelantado irremediamente, bajo la mirada del jefe que bosteza aquí donde sería ilógico pensar en el viento. En el viento visto desde un espejo donde las ramas de un árbol se alargan, se convierten en manos, en delicadas puertas, en pedacitos de pájaros. Qué tonto.

El cine y la literatura me han hecho mucho daño. El océano, el viento, el beso de un amante, están siempre encuadrados por una cámara. Para construir el silencio necesité de un negro trompetista que fuera conmigo a todas partes. Partes, esquinas. Para construir el amor necesité una capa de gaviotas negras y un puente que atravesara los océanos. Fue desde hace tiempo en casa. Un día me di cuenta comiéndome las uñas. Para encontrar una idea insignificante yo quería saber qué opinaban ellos. Los muertos, los hombres que fui en otras vidas. Bajaba un par de escaleras y la terraza estaba inundada de otras terrazas. Desde hace tiempo comenzó a seguirme un camarógrafo, un director de cine. Debo maquillarme para la siguiente escena. Cuando discutíamos porque yo había tirado la toalla sobre el piso húmedo del baño y ya no había toallas, el director estaba ahí para indicarme el gesto. Si debía responderte tranquila o apasionada. Pero siempre prefirió el drama. Ana Karenina y Madame Bovary. Y si lloraba y levantaba la mano y agitaba la cabeza y. El susurro de un acordeón acompañaba mis movimientos. Y si tomaba el autobús para construir la reconciliación, la gente gorda y mal vestida se elevaba verde convertida en Palmeritas. Yo llevaba el cabello más largo y rojo ¿Lo ves? Cada palabra suave que dibujaron mis labios y esas lágrimas en el desayuno y mi mano removiendo una y otra vez el café; son todo el daño que pueden causar las letras. Ya está hecho. Detrás de mí hay una cámara que graba el momento en el que escribo estas palabras y por la tarde cuando vayas a verme y te acuestes en la cama yo, me sentaré a tu lado, miraré a la ventana, suspiraré. Todo esto lentamente. Como tienen que ser las cosas.

Y el negro trompetista iniciará un blues para que queden impresos los latidos de esta historia con la que quise construir una casa, un hogarcito, para ti.

Vuelve a comenzar. Detenida en la puerta de un ascensor. Detenida en la puerta de un taxi. Detenida como esos pájaros absortos sobre los cables del mundo. Cuando cumplí dieciocho enterré en las cajas de los libros dos o tres blusas y salí a probar suerte. Tú decías, cuando estés lejos piensa en mí. Las personas del pueblo creían que era bruja. Porque me gustaba deambular por la noche los senderos verdes de la noche, conquistando luces y atrapando al viento en el cabello. Vuelvo a esas velas, a ese mapa en el cielo. Tomaba el café en una jícara y escuchaba un rumor lejano, un motor que espantaba a las aves de corral. Luego todo era el silencio del viento entre los saramuyos. Detenida en la puerta de un rascacielos, a los veintiuno, con más cajas de libros y una grabadora, mi plan era una palabra, una palabra pequeñita que atrapara a los puentes, a los pasos peatonales. Una palabra que borrara aquellas cartas donde envejecías lejos de mí, porque habías decidido no moverte nunca. Pajarito encerrado. Vuelvo a esas anchas avenidas donde el sueño se vestía de fiesta cada noche, donde mujeres con collares de perlas me arreglaban el cabello. Vuelvo al viento, al sonido del viento desde las escaleras de emergencia, donde todas las azoteas eran puertas de escape. A los veinticinco abandoné el sillón rojo y el abrigo de cuello de tortuga, porque quería estar cerquita del mar, de las lagunas subterráneas, de las voces que en la infancia me daban miedo. Y de ti. Porque dijiste por teléfono tantas cosas en forma de isla. Islas de azúcar e islas negras. Ahora, tengo que volver a comenzar, con la voz temblorosa. Detenida en la puerta de mi vientre, detenida en la puerta del alma. Detenida, como esos pájaros absortos sobre los cables del mundo.

En todas las ciudades habré de ver, hombres solitarios, niños enfermos de este sol que descende todos los días. En todas las ciudades. Bicicletas oxidadas sobre bardas antiguas. Yo he salido a caminar a la orilla de tu rostro. Yo he visto esas piedras, unas tras otra en la laguna, una tras otras mientras llueve la noche. Y de regreso una hilera de casas nos enreda el miedo. La música de fondo es un árbol que deja caer almendras que nunca probaremos. A donde vaya siempre pliegues oscuros. Caminos confusos que nos llevan donde no estoy. En todas las ciudades habré de no encontrarme. A menos que sea de negro, mirándote con el rabillo del ojo. Cuando era niña me contaron una historia de amor en donde un hombre se convertía en ave. Yo tuve miedo de creer en esa historia con la que me dormían noche tras noche. Y he andado con la cabeza suavemente en los días. Es tan dócil lo que quiero decirte, porque sólo conozco el paraíso polvoriento, donde bicicletas se oxidan por el odio del sol, arrastrando el huesillo de los niños que un día serán hombres solitarios. Yo he visto esas dudas. Aquí estoy. Es tan dócil lo que quiero darte. Aquí estoy.

Ternura

*Ese meollo asible de hacinada ternura,
ese delgado*

envés.

Los muertos vuelven también allí.

De allí nos miran; nos reflejan. Nos orillan

a ver.

Unen

*la luz del tiempo, las estancias abiertas, incesantes,
del tiempo, su entramado acaecer,
sus desbordadas resonancias en el cenit
de una alcanzada desnudez: este gozo que vuelve,*

nítido.

Ese espacio, ese jardín
Coral Bracho

I

En racimos cotidianos crece el calor, dijiste
en perlas diminutas, en la voz de los vendedores
 ambulantes
de los vendedores de
 pan, dijiste
en el asiento trasero de un
 domingo y era temprano

No conocía los abrazos largos
 incesantes
ni la culpa ni la seriedad ni tenía memoria

Íbamos camino a la playa y tú hablabas
 del calor
 igual que mi sombra totalmente

Aquello se quedó en un camino en otra ciudad
en otro cielo
El calor crece tarde en animales domésticos,
 dijiste
 en tazas para el té
en escaleras
 y se enreda, largo es el viaje en el
que se funda esta mordedura, esta tibia fruta
 por la que has venido

El calor crece en la provincia
 en charquitos
 en las buenas noches
fisuras donde duerme un jardín

Y mañana atraviesa este camino
el calor crece en el aire, en la carne

poco a poco
 No tardes ya

crece blanco

II

Esa burla, esa certeza donde agridulce
te brindo homenaje
y te amo
como una astilla como una lluvia de crepúsculos
y un poco en el tacto me pierdo suavemente
quizá por capricho quizá
porque en la tarde
las campanas son profundas y la sombra nubla
este amasijo de voces

esa duda.

Este cielo

donde camino de tu mano
donde jugamos al amor y estás cerca
porque es fácil
participar de las heredadas estaciones
odiándonos incluso por nuestras maneras
tu tos, tus dedos sobre la comida y el vicio
de prender la televisión como música de fondo
contrapunto abierto sobre nuestras cabezas

Yo también creí que te odiaba
por óxido por cansancio por las monedas que ruedan bajo el sol
y por el borde de este silencio primavera

porque caen
frutas encendidas
de los árboles por moscas

asediados

y bajito la lluvia nos adormece

Yo también creí en el amor, era fácil
momentáneo como un gesto del mar
como la forma de una nube
quizá por el verde, quizá los relámpagos a lo lejos
quizá la música de fondo,
era fácil

III

La cascada del domingo
cayó frágil y pálida

Tu familia y mi familia
vieron el unicornio de la danza
entre nuestros vientres

Tus amigos y mis amigos
quizá pensaron en marmotas
Llovía y nos tomábamos de la mano

Fue domingo y aunque llovió
tú llevabas aquella guayabera blanca, recién comprada
que no volverás a usar y yo llevaba aquel vestido
de pliegues que no he vuelto a usar

La gente no quería marcharse y demoraron
en la pista de baile, en los jardines
con aquellas ropas blancas y los paraguas

pero al final nos dieron la mano
lo mismo que los meseros
y el músico, lo mismo que los jazmines

Los verdes menos verdes y menos profundos
que la angustia, donde sólo una niña
quedó dando vueltas, descalza, sobre el jardín
mientras tú y yo callábamos

el unicornio
las marmotas
el domingo

IV

Con el mismo discurso de matices y manchas
desde hace tiempo repito esta historia
donde el aroma de un almendro se vierte sobre la tarde

Tú me has visto callada
encinta
 parlanchina
 delgada, pero no has visto
el atardecer de este rojo que pongo sobre una llanura
y sus piedras

No conoces el trabajo de esta luz de seda

Hago cosas simples como arreglar botones y llenar de agua
recipientes vacíos o llamar por teléfono

Tú me has visto
 vestida de verde bajo el paraguas verde
 con un bebé en brazos al amanecer de octubre
 pero no conoces el azul
del laguito donde pájaros blancos
inamovibles, están envejeciendo

Pórtate bien, amado mío
en el delta de las camas viejas en la lumbre del horno
sobre los huesos del perro que hace noche enterramos

Reza por los hijos, por las larvas con frío
los milanos, los colibríes, los ladrones

Mañana voy a ser

el cuadro que desconoces, voy a ser lago,
montaña y pájaros blancos y despertaré esta sangre, gota a gota

Pórtate bien amado mío,

Olvida ya los veneros

olvídate ya

olvida

V

Follaje

follaje de tierras lejanas donde el invierno tiene
la forma de una paloma

donde
de tanto en tanto
viene paciente una caricia

70

—
TERNURA

Existen puertas

canales de viento

entran

esas ramas

el verde un poco pardo cuando
camino entre altos edificios
con un abrigo negro y las medias oscuras

ahora
el cabello largo me basta

El invierno aquí

está regado de hojitas de un verde pálido

despeinado plexo
hermano del que en otro tiempo
caminé descalza detrás de una pelota

Era verano cuando partí

pero encontré siempre un invierno a trote
una manecilla gris

un ávido estupor
de habitaciones erectas

de carencias puntiagudas
donde luces multicolores entibiaban al cielo

Emprendí

 ciertos noviembre de péndulos
 hilvanados ahora a medias
y me resulta inútil
esta
pausa

esta suave indecisión regada con el agua de una fuente tardía

 Acá en el sur

 el invierno es tan sólo un terrón de niebla
 una delgada pregunta
que flota sobre los erizos
y las sogas de donde penden las barcas

Mi playa está llena de sogas y en medio de ellas
 el verde
 vulnerable y colmado de
 ciertas dependencias

Follaje

 me decías
agazapado todavía en el amanecer

 follaje
 de tierras lejanas donde el invierno tiene
 una mariposilla de sol sobre los nombres
sobre la criaturas indolentes
 sobre las agudas olas enmarañadas
 y el azul

VI

Ven perdiz, esponja reseca, farolito oscuro

Tiene columnas grises tu deseo
donde confío en mis hermanos
en el murmullo, en el canto saludable
de las puertas de madera y los cerrojos

Sólo la hierba sabe cómo avanzo hincada
Ven terrón de preguntas, cosquilla desierta

No podrás evitar querido mío
que confíe en las ciudades que no conozco
en las mariposas de papel y en los hombres delgados
en el desencantamiento de las rodajas del sol que duermen
en los caminos blancos de la memoria y de la tarde
ni,

por más lejos que estés,

podrás mirar la selva completa

mis contornos, mis nubes tautológicas

El cuerpo tiembla
a veces
como el alma
sobre la cuerda blanca de una caricia
y yo confío en el jardín

en el agua que tiembla en las fuentes
en las fuentes que tiemblan
de verano

en verano,
el firme jamás que nunca diré me hace confiar
en el viento, en las margaritas muertas,
en las hojas que brotan de un agosto
crédulo, equidistante,
fugaz

Yo confío

Mamá, date prisa porque yo
sólo sé de fugas brillantes bajo la oscuridad
sólo sé de la noche donde tuve fiebre
y tú no estabas conmigo y del
aeropuerto donde yo
siempre partía con maletas diminutas
y del amanecer
visto desde una montaña azul
que tú no conoces, lejos, muy lejos de
aquí
donde los árboles
eran atrapados por la noche

VIII

He intentado crecer
como los árboles

cambiar de hojas
con las estaciones

He visto mi piel
sobre la terraza
sobre los sillones

colgando en los relojes
vespertinos, he intentado también
ser como un ángel

presente,
pasado,
invisible a manos llenas

pero no sé hablar y soy nieve
obscena y lamentable cayendo de una cuesta

He meditado sin entender el peligro de
mi hambre, mi búsqueda de hiena hambrienta

Cuán elemental, después de todo
resultan los claveles en la casa en las
albarradas infalibles

Cuán elemental, después de nada
la península temblorosa de una flor
arreglarme la indolencia
sonreír

con el pan de cada día y con el chaleco rojo
sin buscar más en los nidos altos
sino en mi pajarito que llora y llora cada día
tan bajito,
porque no quiere asustarme

IX

Casi como las palomas
lo que estoy sugiriendo
esa delgada melancolía de la que cuelga mi voz
este amuleto con el que te digo vamos
siempre

cosas que pude decir
en un zoológico
en un circo

78

TERNURA

Casi como una plaza lo que quiero darte

Como un mendrugo de pan
que no es
mendrugo pero es
paloma

Te propongo un diluvio y una paz
te propongo salir del sombrero de un mago
catedral y plaza casi como un árbol
este breve destino
donde las verdades se elevan blancas

hasta perderse

Casi como las palomas
en el cenit en los instantes donde vuelve
tu cuerpo a ser mi cuerpo
ese rapto que buscamos
levantando las alas

Y al final un destello
fugaz en los soportales del tiempo
nos hará partir
casi como las palomas
este oleaje que arde sobre el polvo

X

Yo tengo ese temor
como tú también

antiquísimo
conversacional

de que los teléfonos, el sol y los pantanos
se apaguen poco a poco y estemos solos

De que el follaje,
los gusanos y la plaza
se apaguen
y estemos solos

De que el restaurante argentino y la pupila de las vacas
los espirales violeta del calor a las tres de la tarde
en el centro y los plátanos sin manchas se apaguen
poco a poco y estemos así

como ahora

un poco menos quizá
pero solos
hablando

solos
mirando

solos
tanta siniestra blancura

desbordada
resonante
desnuda

TERNURA

Hela aquí

temerosa
recargada sobre un arbolillo
mezclada con piedritas que han escuchado
mar y rojo y príncipes que no volverán

Hela aquí

como un pequeño pájaro triste
me ha dicho quédate callada
me ha dicho, estúpida
quédate callada

Otras noches

por los pedacitos de pan, se acerca
despacio

Hela aquí

una tonadita de polvo que
me dice
no seas tonta
quédate callada
queridita mía
quédate callada
corazón
pequeña mía
quédate callada

ÍNDICE

Historial del polvo	7
Papá	9
Papá	10
Papá	11
Papá	12
Papá	13
Papá	14
Papá	15
Papá	16
Papá	17
Polvo	18
Dinastía de soles	19
Espirales	21
Explosiones	22
Supernova	23
Saturno	24
Titán	25
Marte	26
Kepler	27
Galaxias	28
Plutón	29
Relámpago	30
Cuásar	31
Sol	32
Constelaciones	33
Asteroides	34
Desgarre	35
Cometas	36
Vía Láctea	37
Big Bang	38
Órbita	39
Venus	40

Sueños	41
Encaje	43
Sueño	44
Estrellita	45
Caribe	46
Espuma	47
Primavera	48
Pastel	49
Sol	50
Dunas	51
Abismo	52
Vanidad	53
Chelsea <i>vs</i> Barcelona	54
Bosque	55
Puertas	56
Casa	57
Pajarito	59
Paraíso	60

Ternura	61
I	63
II	65
III	67
IV	68
V	70
VI	72
VII	74
VIII	76
IX	78
X	79
Ternura	80

Ternura, de Ileana Garma,
Premio Caza de Letras de Poesía 2012,
editado por la Dirección de Literatura,
se terminó de imprimir el 10 de septiembre de 2013
en los talleres de Navegantes de la Comunicación Gráfica, S.A. de C.V.,
Pascual Ortiz Rubio 40, San Simón Ticumac, Benito Juárez, 03660, México D.F.
navegantes09@yahoo.com.mx
Se tiraron 1 000 ejemplares, en papel cultural de 90 gr.
Se utilizaron en la composición tipos Bodoni Book de 7, 8, 9 y 10 pts.,
Myriad Pro Bold de 8 y 10 pts, y Futura Light de 18 y 24 pts.
El cuidado de la edición estuvo a cargo de
Carmina Estrada, Sol Aréchiga e Itzel Rivas.

